

Elogio del mestizaje

La Vanguardia - 23/04/2001
MIQUEL RODRIGO ALSINA

Tradicionalmente, se consideraba el mestizaje como el cruce de razas distintas tanto si eran plantas, animales o seres humanos. Desde este punto de vista, el mestizaje era un acto antinatural porque se mezclaban especies distintas. Por esto no se consideraba positivamente, más bien se veía como algo bastardo. En francés, bastardo es sinónimo de mestizo. Así mismo, también se consideraba el mestizaje como una perversión que iba contra el sentido común. Por ejemplo, en la Cataluña del siglo XIX, los absolutistas llamaban "mestizos" a aquellos curas que tenían ideas liberales. De hecho, la limpieza de sangre, el ser un cristiano viejo, el que no hubiera en los antepasados personas de otra raza o religión era visto como una virtud, mientras que lo contrario era una vergüenza y una desgracia familiar que había que ocultar.

En nuestro país, esta obsesión por los orígenes fue muy importante porque somos, mayoritariamente, mestizos. Para ocultar este hecho era necesario hacer demostración constante de autenticidad, porque si no se podía sospechar que detrás de la apariencia se escondía, por ejemplo, un falso católico. En catalán, hay una expresión, "fer dissabte" (literalmente, "hacer sábado"), que se refiere a la limpieza a fondo que se hace este día de la semana. Pero esta actividad también servía para hacer público que la persona que se dedicaba, afanosamente, a la limpieza de la casa no era judía, ya que no respetaba la fiesta del "sabbat".

Si se acepta esta visión del mundo, es bien comprensible que alguien se pregunte qué tiene de positivo el mestizaje. Si consideramos el mestizaje como una perversión de la naturaleza, una mistificación de las esencias o una desgracia familiar, ¿quién quiere ser mestizo?

Pero si deseamos una visión purista, esencialista o, simplemente, racista, el mestizaje puede tener otro significado. Si entendemos por mestizaje la mezcla de elementos de origen diverso, ¿quién no es algo mestizo? La mirada esencialista es ciega y miedosa. Es ciega porque oculta que toda cultura es un producto que se está haciendo permanentemente, a partir de la mezcla de elementos de distinto origen. Una mirada desprejuiciada a la historia nos da algunas pistas. Por ejemplo, nuestra gastronomía tradicional no puede entenderse sin tener en cuenta los alimentos que vinieron de América o sin la herencia árabe que se manifiesta en palabras como alfajor o albóndiga. Este olvido, o este esfuerzo de ocultación, va contra la propia historia porque no tiene en cuenta que las culturas se han formado a partir de los contactos interculturales.

El esencialismo identitario es también miedoso porque siempre ve la relación entre culturas como una pérdida. En seguida se plantea: ¿qué voy a perder relacionándome con el otro? ¿cómo se va a pervertir mi cultura? ¿a qué voy a tener que renunciar? Es cierto que de los contactos interculturales, aun en las situaciones más esporádicas, ninguna de las dos partes queda intacta del encuentro. Pero si se considera que nuestras identidades culturales también se enriquecerán con las aportaciones culturales y religiosas de las personas de otras culturas, esto es mestizaje. Si se toma conciencia de que nuestra propia cultura no es más que el producto de una combinación, singular y única, de todas las culturas con las que

se ha tenido y se tiene contacto, esto es mestizaje. Por todo ello, la crítica al mestizaje es, en el fondo, un ejercicio de autoodio, mientras que su elogio es una defensa de nuestros orígenes y de nuestro futuro.

M. RODRIGO ALSINA, catedrático de Teoría de la Comunicación (UAB)